

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

EL COMUNISMO POR DENTRO

Era mi muger una muchacha como de veinte años, y aunque no bonita, de esa clase de mujeres que gustan sin saber por que; buena, de un talento e instrucción impropios de su clase, de un carácter dulce y resignado, amante de su madre hasta el delirio, y compasiva hasta la santidad.

Ante el espectáculo de sus dulces virtudes, yo no me encontraba á mi gusto. Yo, que habia sido engendrado y amamantado en la desesperacion, y que en el odio á la sociedad habia tenido mi guía en el camino de la perversidad, consideraba como una debilidad el ser bueno; la resignacion, como el abatimiento de un alma endeble; el cariño á la familia, como indicio de una vergonzosa dependencia; y la compasion á los pobres, como una hipocresia de los ricos para encubrirles su bienestar.

En vista, pues, de mis nuevas obligaciones, pedí á mi amo que me diera otro empleo donde pudiera ganar más; y como yo habia tenido buen cuidado de ocultar mis defectos, y habia sabido halagar á cada cual segun su carácter, me nombró dispensero de uno de sus cortijos.

Allí pude observar que las ideas que yo tenia respecto á los ricos están, por desgracia, bastante generalizadas en nuestra clase. El amo era considerado por aquellos criados como un tirano al cual cada uno por su parte debia hacer todo el daño posible.

Yo, por la mia, no me descuidaba; robaba todo lo que podia de los efectos que me tenian entregados; y como no me atrevia á llevar mis hurtos á mi casa, temiendo descubrirme á mi mujer, los gastaba en vicios que insensiblemente me iban separando del cariño de mi nueva familia.

Entre nosotros se hablaba siempre de la del amo con desprecio, y se mentaba un exagerado celo las pocas veces que venia á ver sus ganados y labor.

Tanto apretamos en la estafa y falta de celo á los criados, que el amo, al ver el mal resultado de sus negocios, resolvió arrendar la finca, atribuyendo á esterilidad ó poca suerte lo que no era más que consecuencia de nuestro mal servicio.

Me encontré despedido y sin recursos; pues no habia tenido la prevision de conservar nada del producto de mi rapiña, creyendo que nunca se acabaria aquella mina.

Y más tarde he observado que una de las circunstancias que casi siempre acompaña al robo, es la falta de prevision que forma el ahorro, fuente del capital.

En todas estas cosas pasaron unos cuan-

tos años; yo tenia ya dos hijos, que recibí al nacer, como me recibieron mis padres, con el mayor disgusto.

Mi mujer los consideraba como ángeles que Dios le enviaba para consuelo de su vida; mientras que á mis ojos, eran sólo unos molestos huéspedes que venian á partir conmigo los recursos que destinaba á mis placeres.

Si bien no podia citarse nuestro matrimonio como un modelo de union y de cariño, tampoco habia grandes disgustos; pues á pesar de mis extravíos, mi mujer nunca me daba la menor queja.

Pero en esta época empezó la más tormentosa de mi vida.

Me hallaba sin recursos y tenia que atender al sustento de una familia, que aunque contaba con lo que las dos mujeres ganaban con sus labores, siempre hacia falta lo poco con que yo contribuia.

No me sentia con fe bastante para trabajar, ni aunque lo hubiera deseado sabia hacer nada; y en esta situacion se apoderó de mí con toda su fuerza el mal dormido rencor contra los poseedores de la riqueza. Y como estaba casi siempre en casa, me llamaba la atencion la tranquila resignacion con que mi mujer sobrellevaba nuestras penas, y su constante laboriosidad para ganar lo necesario para sostenernos.

Pero si bien me asombraba y desconocia de dónde sacaba fuerzas mi esposa para tanto, me exaltaba al verme rebajado teniendo que ser mantenido por una mujer, aunque esta fuera la madre de mis hijos.

Ademas, el trato íntimo con éstos hizo despertar en mí el sentimiento de la paternidad, y este fué un aguijon más que me paso casi al borde del crimen. Pero yo no habia nacido para cometerlos; mis instintos lo repugnaban, y toda mi maldad provenia de una perversa educacion.

Ya hacia tiempo que las ideas republicanas, ó más bien socialistas, habian cundido por nuestra provincia de Extremadura, y al ver que en ellas se proclamaba el odio á los ricos, las abracé con verdadero entusiasmo.

Llega por fin el triunfo de la revolucion, y entro un dia en casa lleno de gozo á anunciar á las atóvitas mujeres que al fin habia llegado la hora de que se acabasen nuestras penas.

En vano traté de convencerlas de que la revolucion habia de mejorar nuestra suerte trayéndonos la abundancia; no conseguí nada.

Pero no se me olvidará nunca la respuesta única que dió mi mujer á todos mis argumentos, llevándose la mano derecha del corazon á la cabeza; héla aquí:

«La revolucion de donde el pobre puede esperar su felicidad, hay que hacerla aquí y aquí.»

No le hice caso, porque por entonces no comprendí el dicho de mi mujer; cogí á mis hijos y abrazándolos, les dije: *Ya teneis padre, ya sereis iguales á los hijos del más poderoso; ya se acabaron los pobres.*

Sali de mi casa ebrio de gozo. Se creó en aquella poblacion como en todas las de España, una junta revolucionaria que decretó ruidosas manifestaciones, incesante movimiento de campanas y todos esos ruidosos festejos propios de una conmocion popular.

En tres dias no volví á mi casa, y en este tiempo nos alimentábamos con lo que pediamos á los amedrentados ricos.

Creia yo, en mi candidez, que todas aquellas cesas que nos leian en la plaza en tantos papeles como circulaban las habia yo de encontrar en mi casa algun dia, convertidas en ropas para mis hijos y pan para mi familia.

Me asombraba que los jefes de la revolucion, personas todas ricas, se hubieran dado tan malos ratos sólo por mejorar nuestra condicion.

Aquello era un completo barullo; todos pedian y ninguno queria dar.

Allí fué donde sucedió un caso que, por lo gracioso, quiero contarte.

Habia en este pueblo un hombre que no poseia más que una pequeña viña, lindera con otra grande de un rico. Varias veces habia soñado que la linde de mediania habia empezado á moverse, y andando andando se habia tragado toda la viña del vecino.

Pues bien, este soñador ambicioso, apenas apareció la revolucion creyó poder realizar sus deseos; pues cada uno quiere que el mundo se mueva sólo para satisfacer sus caprichos. Fuése derecho á donde estaba reunida la junta, y les habló de esta manera:

«Segun lo que Vds. nos leen, ha llegado el dia en que el pueblo realice sus aspiraciones, y proclame la guerra á los ricos. Pues bien, yo tengo una viñita junto á la de D. Fulano, y deseo que se me dé la de este rico, para que así vayamos caminando á la igualdad.»

El presidente, que era muy listo, le contestó:

«Hombre, lo siento; pero ha llegado V. tarde. Ha venido D. Fulano, y como es un ciudadano como V., me ha pedido la suya y se la he dado. De modo que V. no tiene ya viña por virtud de la soberania nacional.»

Allí fué ello: votaba, perjuraba y se daba

á los demonios y decía: «que la viña había sido siempre suya, que le había costado tanto y cuanto, y que ni la revolución ni todas las revoluciones del mundo podían quitarle el porvenir de sus hijos sin que antes le quitasen la vida.»

«Y además, que mal había comprendido el señor Presidente la revolución, cuando despojaba á los pobres para dar á los ricos.»

Yo, que estaba presente, vi el cielo abierto: adelantéme hacia la mesa, y dije: «Señores de la junta, yo puedo atestiguar con todo el vecindario que no peso más que esta mala ropilla que traigo sobre mis carnes; y siendo el señor (indicando al de la viña) rico en comparación mía, deseo que se me adjudique su viña, cumpliendo con lo que el mismo ha dicho de que la revolución ha venido para quitar á los ricos y dar á los pobres.»

En grave apuro quedó mi vecino; él no quería soltar su propiedad, á cambio de la esperanza de tomar otra mejor; y después de sudar la gota gorda, resueltamente dijo: «Pues, señores, vean ustedes cómo ha de ser eso, porque yo no suelto lo que es mío, aunque me desuelen.»

En cuyo caso resolvió el presidente que cada uno siguiera poseyendo lo que tenía.

Que lo que tienen los ricos lo habían juntado con el sudor de los pobres; que Dios había hecho el mundo para todos, y que unos se habían apoderado de él; estas y parecidas frases circulaban con gran boga entre nosotros.

Y aunque yo fiel á las máximas de mi padre, no había sudado mucho con el trabajo, para que ninguno se hiciera rico á mi costa, y de todo el mundo que decían que Dios había dejado para el hombre, solo había encontrado al nacer un rincón de una sucia casa, que ni era nuestra, aplaudía sin embargo, todas estas cosas y trataba de convencerme de su justicia.

Fuera de mi casa no veía más que alboroto y discusiones; dentro de ella no había habido la menor alteración. Las mismas ocupaciones, los mismos rezos, la misma tranquilidad de espíritu; todo en fin, como si tal revolución no existiera.

Paraba poco en ella, porque no se avenía la febril agitación de mi espíritu con aquella calma y reposo; de modo que realmente viví aquellos días en medio de las turbas.

Mi regular talento, mi entusiasmo por las ideas revolucionarias, y más que nada la necesidad de sostener el ardor patriótico de las masas, me hicieron distinguirme entre ellas, y empecé desde luego mi vida de tribuno.

De alguna influencia fueron mis predicaciones en la marcha de los sucesos; y para que puedas formar idea de la clase de mi elocuencia, voy a referirte uno de mis mejores discursos. Ocupaba yo un banco de herrador (que no se halló más sólida tribuna), y desde tan noble asiento, les dije:

«Ciudadanos: lo que con tanta ansia esperábamos, ha llegado por fin; según dicen los

papeles de la revolución, los ricos van á ser pobres y los pobres van á ser ricos.»

«Todo esto me parece bien; porque yo soy ahora pobre como una rata, no sé cómo mantener á mi familia; y dentro de poco voy á ser rico, sin saber cómo ni por dónde me ha de venir.»

«Pero se me ocurre una cosa: si tan pocos son los ricos, y tantos los pobres, ¿cómo se ha de hacer el reparto, que, aun echando fuera á los ricos de ahora, quedemos bien los pobres?»

«Y además; ¿de qué nos van á servir esos ricos que no saben trabajar, y por consiguiente que no saben sudar para nosotros?»

«Echemos bien la cuenta, y veremos que del reparto de toda la riqueza, lo que va á salir es la pobreza de todos.

«Yo lo que proponería era: ver para cuántos pobres hay riqueza, de modo que sean realmente ricos; y estos que saquen á la suerte. Y como estos nuevos ricos han sido antes pobres, tendrán consideración con los que quedan.

(Movimiento de reprobación en el auditorio. Varias voces: no, no)

«Pues amigos, les dije: no veo otro medio de conservar la riqueza, castigando á los que la poseen, con la vista de disfrutar sus fincas otros salidos de nuestra clase.»

«Porque no hay que darle vueltas. Podremos quitar á los ricos lo que indebidamente poseen; pero no podremos conseguir que todos seamos ricos; sino casi tan pobres como ahora somos.»

Esta fuerza de mis razones, impresionó vivamente á mis oyentes; hubo murmullos y conciliabulos; se conocía que les había destruido una ilusión.

Descorazonados, empezaron á desfilar: pero volvieron á reunirse á un arranque de elocuencia mía, inspirado por mi antiguo rencor.

«Y qué; ¿dejaréis pasar estas revoluciones, tanto tiempo deseadas, sin acometer la santa empresa de castigar en los ricos la dicha de haberlo sido tantos años, con la pérdida de todo cuanto poseen?»

Dominados por esta exclamación, y después de varias vacilaciones, se resolvió celebrar al día siguiente el temido sorteo.

Yo volví á mi casa, contento de todo lo que había hecho durante el día.

A la hora citada y en sitio de costumbre se reunieron todos los vecinos que se creían con derecho á tomar número en aquella lotería; y aunque debían ser sólo los pobres, como en este mundo nadie se cree rico, por por mucho que tenga, había allí muchos que algo poseían, llevados sin duda, como todos, de la codicia de adquirir lo que tenían diez ó doce de los más acomodados.

Se hizo el cálculo; y sólo había riqueza para que cuarenta de los pobres tuvieran una renta de unos quince mil reales cada uno.

Se empezó el sorteo en medio del mayor silencio; pero cada vez que la suerte designaba un afortunado, aquello era un verdadero alboroto.

Pero lo que había que estudiar era el cambio rápido que se notaba en la fisonomía del favorecido: del humilde continente del trabajador, pasaba instantáneamente á la petulancia del poderoso.

Hubo uno de ellos, por cierto que era un pobre jorobado, de quien todo el mundo se burlaba; confundido entre la multitud, esperaba sin fé los favores de la suerte, creyendo que hiciera con él lo mismo que había hecho la naturaleza; pero esta vez quiso serle propicia, y le tocó una plaza de rico. Allí verías empujarse todos por felicitarle y estrecharle afectuosamente la mano; mientras el jorobado, adoptando un arrogante aire de señor, recibía con desdén á los que antes le escarnecían, y tanto erguía su contrahecho talante, que parecía haber perdido su abultada joroba.

Todos los que la suerte designaba como nuevos propietarios cambiaban su humilde continente por una arrogancia tal, que á pesar de los expresivos conatos por conquistar sus favores, que mostraban sus convecinos, tenían que abandonarlos á su soberbia; y se les veía desfilar solos, con grave paso, en dirección de sus casas.

Cuanto más se iban apurando las suertes de riqueza, mayor era el murmullo; y se convirtió, por último, en confusa gritería, cuando todos pudimos saber cómo se llamaban los nuevos cuarenta tiranos; comprendiendo lo que podíamos esperar de ellos, en vista del orgullo con que habían empezado su dominación.

Armase, por fin, un terrible tumulto, y piden: que para estos ricos, vale más dejar los que son.

Yo, que desde el día anterior había pedido juzgar del resultado de todo esto, les arengué en estos términos:

«Compañeros: celebro que tan pronto os hayais desengañado.»

«Yo he sido siempre enemigo irreconciliable de los ricos; pero la revolución, que á los más ha ilusionado, á mí me ha desengañado por completo.»

«Conozco que es preciso que haya ricos, para que los pobres vivan. El rico es el estanque de una huerta, que junta agua para repartirla; pues el trabajo es el agua que fecunda. Y puesto que es preciso que haya ricos, prefiero á los que han nacido tales, y por consiguiente pueden tener alguna caridad, que no á los ricos improvisados de entre los pobres; pues siempre se ha dicho: no hay peor cuña que la de la misma madera; y esto otro: ni sirvas á quien sirvió, ni pidas á quien pidió. Y puesto que os veo tan en buen sentido, os quiero contar un cuento que me contaron hace tiempo, y que hasta hoy no he comprendido:»

«Llegó un día en que celebraron una animada conferencia *las manos, los ojos, las narices y la boca*, sobre el ridículo papel que hacían en la alimentación del hombre.

«Decía la mano: no puedo resignarme al papel de arriero que tengo que hacer mientras que el estómago está tomando su comida. Este confínno viajar del plato á la boca,

y de la boca al plato, hasta que me dicen basta, no se aviene bien con la nobleza de mis otros ejercicios».

«A lo que respondió la vista: ¡pues V., ménos mal; pero yo, que tengo el trabajo de reparar si la comida tiene buen color, si el plato está limpio, si tiene alguna mosca y hasta si tiene algun pelo, la comida que otro se ha de tragar!»

«Calle V., dengosa interpelaron las narices: ¿pues que cián Vds. de mi, que despues de oler con esmero todas las comidas, y creyendo que la mano va á entregármelas, las veo desaparecer por mi vecina la boca?»

«Creyéndose esta aludida, respondió: no es para mí lo que ves desaparecer por entre mis labios, sólo sirvo de embudo para llevar los alimentos al perezoso estómago y aún así hay que dárselo masticado.»

«Esto no se puede sufrir más, exclamaron todas; desde hoy no hay más que negarse, y veremos que hace ese señorito.»

«Pues, amigos: pasó un día, y pasaron varios sin que ni las manos, los ojos, las narices y la boca se ocuparan del alimento. Pero notaron: primero los ojos que no veían con claridad, las manos que temblaban, las narices que no oían y la boca que bostezaba; y tomando esta la palabra les dijo: á lo que yo entiendo, el alimento que nosotros preparábamos para el estómago y que con tanto esmero oíamos y registrábamos nos lo devolvía en sangre y vida, que ahora nos falta, de modo que, queriendo castigar al estómago, nos hemos castigado á nosotros mismos: volvamos pues á nuestras faenas, que Dios sabe muy bien lo que ha dispuesto.»

«Desde entonces no han vuelto á sublevarse.»

«Pues eso os digo yo á vosotros: el capital es como el estómago; el trabajo le dá alimento; pero á los trabajadores viene la sangre y la vida de esa que nos parece inútil clase de la sociedad.»

Parecióme que habia convencido á mi auditorio. Ese sordo murmullo, síntoma casi siempre de asentimiento, respondió á mi discurso.

Se dió por disuelta la asamblea y cada cual volvió á su casa.

Yo entré en la mia en estado de saborear por primera vez la dulce tranquilidad que en ella se disfrutaba. Mi mujer, que conoció enseguida mi buen estado, me dijo, abrazándome tiernamente; Andrés, hoy empiezo á ser feliz, y mis hijos á tener padre.

A una señal de mi mujer, mis dos hijos me rodean: les tiendo los brazos, y al estrecharlos á todos no puedo contenerme; y por primera vez en mi vida me conmoví profundamente, y lloré. Lloré, sí y no me avergüenzo de ello.

Hay en el fondo del corazón más corrompido un germen de bondad, que sólo aparece en momentos supremos; pero que señala un nuevo rumbo en la vida, tanto más firme cuánto más disipada ha sido anteriormente,

Gocé en aquel solo momento más que en toda mi vida anterior.

Mi mujer, que brillaba de alegría, y llenaba la casa con su sonrisa, me dijo:

«Mira, Andrés, ahora quiero recordarte lo que ántes no hubiera sido oportuno.»

«Recordarás que dije un día, que la revolución de donde el pobre debe esperar su felicidad hay que hacerla en el corazón y en la cabeza; y ahora te explicaré este enigma, aunque yo sea una pobre mujer ignorante.»

«Si el rico necesita llenar su corazón de buenos sentimientos para cumplir en este mundo la misión que Dios le ha señalado, el pobre lo necesita con más razón, porque su vida es una continua lucha con la adversidad,

«Un corazón lleno de fé religiosa y de amor al prójimo resiste más facilmente las miserias de nuestra vida.»

«Lo que te admiraba en mí, no es más que consecuencia de la buena educación que me han dado; y lo que á tí te ha hecho vivir mal y sufrir mucho, no ha sido más que el vacío que tenias de buenas ideas religiosas.»

«Ahora bien: suspirais afanosamente por adquirir riquezas, teneis en vuestras manos el instrumento de conseguirlas, que es el trabajo y la economía, y, faltos de fé bastante, creéis conseguirlas odiando á los ricos, y promoviendo revoluciones.

Si aplicais toda vuestra atención á mejorar vuestro trabajo, haciendos inteligentes, lograreis adquirir un puesto en la sociedad.

«Miseria é ignorancia es lo que os rodea. La miseria, que es la ignorancia del cuerpo, y la ignorancia, que es la miseria del alma, son las dos plagas de las clases trabajadoras; desteradlas de una vez.» Mi mujer habló como un libro. Desde aquel día soy ya otro. Por consejo de ella mandé preguntar el paradero de mi padre, de quien no habia vuelto á tener noticias, y me dijeron que habia muerto á consecuencia de su estragada vida.

Como nunca he carecido de disposiciones físicas é intelectuales, una vez reformado mi carácter é ideas, me dediqué con fé á trabajar; he sobresalido; y esto me proporciona medios para atender holgadamente al sustento de mi familia.

En vano han venido despues por este pueblo predicadores de oficio por cuenta propia propalando ideas impracticables á fin de satisfacer sus ambiciones políticas: no me han hecho vacilar un punto de mis propósitos.

Procura, tu por tu parte, tranquilizar tu espíritu agitado con tantas predicaciones. Cree de una vez, que todos esos apóstoles más piensan en su negocio que en tu bien. Trata de acerte querer por tu buena conducta de esos ricos que odias injustamente, con cuyo capital y trabajo has de formar el patrimonio de tus hijos; pues tanto necesita el rico de un buen criado, como el pobre de un buen amo.

Escarmienta en mí, que he sido tal, que en mi pueblo me llamaban *Andresillo el Malo*, y ya has visto que despues de varias vicitudes he llegado á ser buen padre y buen ciudadano.

Que tu lo seas, sin haber sufrido como yo es lo que desea tu afectísimo

Andrés.

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA

(Continuacion.)

66. El Cordero pascual.

El primer día de la fiesta de los ázimos, día en que habia de inmolarse el cordero pascual, dijo Jesús á Pedro y á Juan: «Id á la ciudad y preparad lo necesario, para que comamos la pascua.» Mas ellos le preguntaron: «¿En donde quieres que la dispongamos?» Jesús contestó: «Cuando entreis en la ciudad, encontrareis á un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa en que entre y decid al dueño de ella: El Maestro os envía á decir: ¿Dónde está el aposento, en que pueda celebrar la cena de la pascua con mis discipulos? Y él os mostrará una pieza de comer grande y bien amueblada, dispuesta allí todo lo necesario para nosotros.»

Los dos Apóstoles se fueron á la ciudad y lo hallaron todo como Jesús les habia dicho y lo prepararon todo para la pascua. Llegada la tarde vino Jesús con los doce Apóstoles, y cuando estaban sentados y comiendo á la mesa dijo Jesús: «Mucho he deseado comer esta Pascua con vosotros ántes de mi Pasión, y os digo que de hoy más nunca volveré á comerla, hasta que sea cumplido el reino de Dios.»

L. C. Businger.

VARIEDADES

Peras al Olmo.

En la tesorería del ayuntamiento de San Sebastian ha restituido un sacerdote tres mil quinientas pesetas, que le habian sido entregadas con dicho objeto bajo sereto de confesion.

En las oficinas de la Diputación de aquella misma provincia ha hecho ingresar otro sacerdote siete mil quinientas por el mismo concepto.

Se pregunta: ¿Cuántas ha hecho ingresar durante la misma época, el librepensamiento, la masonería, el liberalismo y demás sectas enemigas de la Iglesia?

Ninguna.

Esas sectas tienen siempre en la boca los adelantos de la civilización, pero maldito lo que hacen adelantar la moralidad.

Lo cual revela que son falsas.

El olmo no puede dar peras.

Lo que dá el olmo de la civilización sin Dios, son crímenes.

He aquí lo acabamos de leer en un periódico:

«Ocho ó diez son los procesos que solo por abusos y delitos de correos siguen los tribunales de Barcelona.

«Parece que estas causas han dado lugar á registros y se han encontrado una enorme cantidad de objetos robados. Entre ellos había objetos de quincalla, abanicos bronce, cartas, tarjetas etc.

En Port Bou fué preso uno de los ambulantes, en cuya casa halló el juzgado muchos objetos sustraídos.

Era un empleado que tenía 5 000 reales de sueldo, y pagaba eso mismo por el alquiler de la casa que tenía alhajada con magnificencia.

Y añade otro periódico:

«En Sevilla se ha descubierto que de todo lo que se venía robando desde hace algun tiempo tomaba parte la policía.

De ciento cincuenta mil reales á que ascendía lo estafado en algunos meses la policía había percibido cerca de ochenta mil»

Todo lo cual revela una sola cosa y es que sin religion no hay virtudes, y sin virtudes no hay policía, ni correos, ni nada que no sea una pura mentira.

Y si no, que lo digan los hechos.

Mientras la policía roba en Sevilla, los curas devuelven robos en San Sebastian.

¿Que quiere decir cristiano?

Ideas de Platon sobre la República.

En toda república bien organizada es preciso cuidar siempre de la verdadera religion. Una Republica dichosa es aquella cuyos magistrados se hallan instruidos desde la infancia en el conocimiento del verdadero Dios y del bien verdadero, porque la ignorancia del verdadero bien y del Dios verdadero es, en toda República, la fuente y origen de infinitas catástrofes públicas y privadas, y de los más funestos consejos. El Gobierno debe pues recordar con frecuencia á sus subordinados que si nó hay virtud, justicia y verdadera piedad hacia Dios, nada hay bueno y perfecto en las cosas humanas.

La verdadera Religion es la base de la República, y por consiguiente, toda impiedad debe ser severamente castigada.

La mentira de la libertad.

Si hubiese necesidad de probar una vez más lo que la palabra libertad significa en boca de los llamados sus defensores, bastaría con lo ocurrido en Génova.

En Génova ha sido prohibida la procesion del Corpus por motivos de orden público.

Y en Génova han dado permiso para que los sectarios de Garibaldi sacaran en procesion el estandarte llamado del diablo y fueran á Caprera en peregrinacion.

Más libertad.

El Arzobispo de Perugia al dar la confirmacion á unos niños dentro de su Catedral, de tal modo fué insultado por una gavilla de libre-pensadores, que tuvo que suspender el acto y retirarse.

Oscurantismo.

Las hermanas de la caridad de Maestricht que hace cincuenta años se instalaron en aquella poblacion y empezaron á practicar obras de misericordia asistiendo enfermos en sus casas y en los hospitales, educando jóvenes, y amparando huérfanos, acaban de celebrar el aniversario de su institucion, con admiracion no solo de católicos si no tambien de protestantes y judios que las llaman para que los asistan en sus dolencias.

Verdadera civilizacion.

En seis años que cuentan los trabajos de los misioneros católicos en la Patagonia, han recorrido estos ya aquellos inmensos territorios en busca de los pobres salvajes para cristianizarlos y civilizarlos; han construido dos hermosos templos; han abierto tres colegios de estudios y un colegio de artes y oficios; han fundado varias asociaciones para socorro de los isleños y han sometido á la Coria Romana el proyecto de pasar á la Tierra de Fuego á evangelizar á sus barbaros habitantes.

He aquí los apóstoles de la civilizacion.

El milagro de Cangas.

Acaba de ocurrir en Cangas un hecho prodigioso que constituye un verdadero triunfo del corazon de Jesús sobre la incredulidad moderna.

Una joven de 26 años de edad, llamada doña Balbina Zabala, hija de D. Ignacio Zabala, alcalde que fué de aquella villa encomendandose al S-grado Corazon de Jesús, ha recobrado repentinamente la salud despues de nueve años de haberla perdido, y de haber estado todo este tiempo sin poder moverse del lecho, en el que se hallaba llegada y á las puertas de la muerte.

Los detalles de este admirable prodigio del que han hablado hasta los periódicos más hostiles al catolicismo, son dignos de leerse, y los daremos en el número próximo.

RECUERDOS

DE LAS ETERNAS VERDADES.

POR D. F. JAVIER LOZANO.

(Conclusion)

LXIX.

Con atencion advertida
Piense siempre reflexivo.
¿A qué fin? Por qué motivo?
Dios le concedió la vida?
No le ha sido concedida
Para vivir libremente;
Se la ha dado solamente
Para el fin mejor, cual es
Servir á Dios, y despues
Gozar de él eternamente.

LXX.

Estos son los fines solos
Para que Dios te ha criado:
Estos del cielo estrellado
Son para ti los dos polos:
Sin engaños y sin dolos
Dios te dá en sus Escrituras

Pruebas ciertas y seguras
De que tu dicha se encierra
En servirlo acá en la tierra,
Y en gozarlo en las alturas.

PROPÓSITOS.

Para Dios solo nací,
De Dios soy siervo y esclavo;
¿Y aun todavía no acabo
De servirlo? ¡O frenesíl
Total entrega de mi
Desde hoy le tengo que hacer;
Y si ea esto anduve ayer
Descaminado y errante,
Ya desde hoy en adelante
Todo de Dios he de ser.

La llama con voraz fuego.
Por arribar á su esfera
Muros de bronce supera,
Sin tener jamás sosiego:
El cielo es mi es era: luego
Si allá me pretendo ver,
Todo esterbo he de vencer,
Y sin perder ni un instante,
Ya desde hoy en adelante
Todo de Dios he de ser.

La piedra, que violenta
De un hilo en el aire pende,
Hacia la tierra propende
Donde su quietud cimienta:
Siempre el alma busca atenta
En el cielo su placer;
Y porque llegue á obtener
Bien que mira tan distante,
Ya desde hoy en adelante.
Todo de Dios he de ser

Corre el rio sin cesar
Por rumbos inaccesibles,
Para ir, venciendo imposibles,
A su centro, que es el mar:
Centro á que debo aspirar
Es Dios solo; y pues correr
Debo siempre para ver
Su bello amable semblante,
Ya desde hoy en adelante
Todo de Dios he de ser.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones media, accion, cuartos y octavas de accion.

Cada accion da derecho á recibir diez ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion. 4 pias. mensuales
Media 2 " "
Un cuarto id. 1 " "
Un octavo id. 50 cént.

Por medio de correspondencia 25 cént. peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, CRUJUELA.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR